



La  
dulce  
venganza  
de Celia  
Door

*Karen  
Finneyfrock*

El primer día en su nuevo instituto, Celia Door llega con unas botas altísimas, raya negra en los ojos y el firme propósito de vengarse de la popular Sandy Firestone, una compañera del colegio que le hizo algo imperdonable el año anterior. Ese día arruinó la vida de Celia.

Todo cambia cuando Drake, un nuevo (¡y guapo!) alumno que acaba de mudarse de Nueva York, se interesa por Celia y se hacen amigos inseparables. Mientras tanto, Celia continúa ideando su plan de venganza, hasta que esto empieza a poner en peligro la relación con Drake y se verá obligada a decidir qué es más dulce: la venganza o la amistad.

# Capítulo 1

Con catorce años me hice Dark. Ahora soy Celia la Dark.

El primer día de tercero de secundaria recorrí veinte manzanas desde mi casa al instituto Hershey con unas botas tan altas que parecía que había crecido siete u ocho centímetros durante el verano. Yo llevaba una camisa gris debajo de una sudadera negra con capucha que me cubría tanto la frente que llegaba hasta la raya del ojo. Crucé rápidamente la entrada lateral, localicé mi taquilla en el segundo piso y colgué un cartel en la puerta con cinta adhesiva. Era de cartón negro y tenía letras recortadas de revistas, como si fuera una nota de rescate.

Me han dicho que algunos chicos vienen al colegio a aprender. Otros vienen porque es una válvula de escape social o porque les encanta el teatro o el fútbol. La mayoría viene porque es un requisito legal del Estado y, por tanto, de sus padres. Yo vine al instituto Hershey para vengarme. No tenía un plan concreto, pero lo que sí sabía era que sería humillante y público y que mi víctima tendría claro que lo había organizado yo.

Llámame planeta, pues giro alrededor de un sol  
del

color de la venganza.

O semilla, pues crezco en la tierra gris que se  
ocupa

de un asunto pendiente.

Soy una bebida fría, un castigo para los cubitos  
de hielo, una comida picante que se venga.  
Llámame carrete de película. Mira y verás lo que  
hago.

Este es un poema que escribí este verano. He escrito  
muchas poesías desde que me hice Dark.

Mientras abría mi mochila para meter los libros en la ta-  
quilla, el pasillo se fue llenando de alumnos y de la chácha-  
ra amplificadora del primer día. En ese momento oí su voz  
dulce y alegre resonando entre las demás, un pajarillo con  
un canto demasiado potente para su cuerpo. Señaló mi ta-  
quilla y dijo en voz alta, «Cada año más rara», y las chicas  
que iban detrás de ella se rieron tapándose la boca con las  
manos.

Era Sandy Firestone. Y si mi corazón fuera una ballesta,  
cada flecha estaría apuntándola.

El cartel de mi taquilla decía: CELIA LA DARK.

## Capítulo 2

Después de asegurar el cartel de mi taquilla con tiras anchas de cinta adhesiva, me dirigí a mi primera clase: Lengua. Lengua no solo es mi asignatura favorita sino la *única*. Todas las demás clases son una obligación, pero en Lengua el tiempo pasa volando y siempre parece que el timbre suena demasiado pronto. Siempre me ha gustado leer. Normalmente leo dos libros a la vez, además me encantan las bibliotecas, igual que al equipo de natación le encantan las toallas.

Llegué a clase un minuto antes de que sonara el timbre y me senté en la última fila. En un lado del aula, bajo una hilera de ventanas, había dos mesas de casi dos metros de largo atestadas de novelas. Me empezó a disminuir el ritmo cardíaco y una delgada sonrisa luchó por abrirse paso en mi cara. Saqué mi cuaderno y un boli, y deseé que la clase empezara con la pregunta: «¿Qué libros habéis leído este verano?».

El profesor entró con una taza de café y se sentó detrás de su mesa. Era apenas un poco más alto que yo. Se estaba quedando calvo y llevaba los pantalones arrugados. No era el personaje romántico que yo esperaba de un profesor de Lengua, pero no quise dictar sentencia todavía.

Estaba esperando a que sonara el timbre cuando ocurrió algo terrible. Sandy Firestone entró por la puerta justo detrás de su mejor amiga y remolque personal, Mandy

Hewton. Sí, sus nombres riman. No, no es una coincidencia. En sexto de primaria Mandy era conocida por su nombre completo: Amanda Hewton. En primero de secundaria, Amanda ascendió bastante en la escala social y logró el puesto de mejor amiga de Sandy. Pronto empezó a pedirle a todos los profesores que la llamaran Mandy. Pese a su nuevo estatus, Sandy sigue tratando a Mandy como si fuera su ayudante más que como a una igual, lo que ve claro cualquiera que las conozca.

Conozco a Sandy Firestone desde sexto, cuando ambas empezamos la secundaria en Hershey. Y con *conozco* no me refiero a que me caiga bien. Conocer a Sandy es entender al instante que te está midiendo con la mente. Sus ojos te observan antes de que sus labios confirmen si te considera depredador o presa. Si te considera presa, o sea, si eres una chica fea o un chico socialmente torpe, entonces frunce la boca como si estuviera diciendo en silencio la palabra «No». Si teme que puedas ser un depredador, una chica guapa que se acaba de mudar al distrito escolar o un chico listo que no está interesado en ella, se le forma una sonrisa en los labios tan amplia que muestra dos hileras de dientes perfectos. Sandy participó en concursos de belleza durante toda la secundaria. Esa sonrisa le valió el nombre de pequeña *Miss Derry*.

Sandy y Mandy se dejaron caer en dos asientos libres que había en el extremo opuesto del aula y yo traté de hacer retroceder las diminutas gotas de sudor que se me estaban formando en el nacimiento del pelo.

—Señorita Door, quítate la capucha, por favor —fueron las primeras palabras de mi nuevo profesor de Lengua. Yo también estoy encantada de conocerte, señor Pearson—. Bueno, hola a todos y bienvenidos a la asignatura de Lengua y Literatura de tercero. Fijaos que no he dicho *Lengua* ni *comprensión lectora* ni *clase de redacción*. He dicho asignatura de Lengua y Literatura, o L.L. abreviado. En esta clase no leeréis libros; haréis crítica literaria, escribiréis en-

sayos y criticaréis el trabajo de los demás. No trataremos los libros como cosas que se leen de forma pasiva y luego se olvidan, sino como textos que hay que analizar y entender. Lo primero que vais a hacer es sentaros en vuestros asientos asignados.

Cada vez que un profesor dice «asientos asignados» suena el mismo gruñido. De modo que gruñimos.

—Lo siento, chicos, pero esta también es el aula de tercero y no quiero perder mucho tiempo pasando lista, así que lo haremos por orden alfabético. —¡Oh, no! Ya había pasado por eso antes. Los apellidos Door y Firestone solo están separados por una letra y en Lengua de segundo estuve sentada al lado de Sandy durante todo el curso. Solo esperaba que en clase hubiera alguien llamado Susan Edward o David Emanuel—. Cynthia Adams, aquí. —El señor Pearson señaló una silla que estaba en la esquina derecha del fondo del aula y empezó a avanzar—. Chad Brooks —dijo—, Alicia Brady, Jahlil Cromwell, Anupa Dewan, Celia Door. —Señaló un asiento hacia la mitad de la fila, junto a las ventanas. Contuve el aliento. *Vamos, Susan Edward—*, Sandy Firestone —continuó—, aquí.

Un año entero en Lengua con el pelo rubio de Sandy Firestone en mi pupitre. Estaba claro que los dioses habían querido atormentarme. Fui hacia allí arrastrando lentamente las botas y solté de golpe la mochila en mi nuevo pupitre.

—Señorita Door, menos humos, por favor —dijo el señor Pearson, lo que le dio a Sandy la oportunidad perfecta de sonreír burlonamente al sentarse delante de mí. Sandy chilló cuando pusieron a Amanda Hewton a su lado. Se chocaron las manos y se hicieron señas con los dedos, cada una desde su mesa.

Traté de concentrarme durante el resto de la clase mientras el profesor nos entregaba el programa y nos decía el título del primer libro que teníamos que leer: *Matar a un ruiseñor*, de Harper Lee. Pero lo único en lo que podía pensar

era que el curso se había ido a la mierda antes siquiera de empezar. Abrí el cuaderno e intenté consolarme de la única forma posible. «Quizá no sea tan malo —pensé—. Quizá esta nueva distribución de los sitios me dé la oportunidad de escenificar mi venganza».



## Capítulo 3

Cuando digo que me hice Dark lo que en realidad quiero decir es que me rendí. Perdí la esperanza de intentar encajar y caerle bien a todo el mundo. Acepté el hecho de no caerle bien a nadie y no me importaba lo que pensarán. Tras los trágicos eventos que viví en segundo, me di cuenta de que en un campo de girasoles soy una Susana de ojos negros.

Mi oscuridad empezó oficialmente el 21 de julio, el día que cumplí catorce años. Tal vez no daba la sensación de haber cambiado mucho. No me volví completamente gótica ni me hice un pirsin en la lengua ni me teñí el pelo de negro. Ya era morena, tengo la piel bastante pálida y a veces me pongo ropa de colores diferentes al negro. Este es un poema que escribí sobre mi piel:

**la piel de Celia**  
es pálida como  
los huesos blanqueados por el sol  
de los esqueletos de las  
ballenas varadas

La gente se metía conmigo antes de que me hiciera Dark y todavía siguen haciéndolo. La diferencia es que yo ahora me meto con ellos.

El resto de mi primer día de instituto fue más llevadero. En la mayoría de las clases teníamos los sitios asignados,

así que no me tuve que preocupar por quién se sentaría a mi lado. En Francés nos pusieron en grupos de tres para *conversation*, así que me junté con Liz Thompson y Vanessa Beale, que ahora tenían que hablar conmigo todos los días en una asignatura. No había mucho tiempo entre clase y clase, así que me fue fácil simular que estaba muy ocupada con mi taquilla. En la comida, sin embargo, me resultó más difícil. Me aventuré a salir al césped que había detrás de la cancha de baloncesto y me comí una *pizza* fría enfrascada en un libro. Y acabé el recreo en el lugar más seguro y tranquilo de cada ciudad, colegio o cárcel: la biblioteca.

Las bibliotecas son mis centros comerciales. Si fuera un personaje de un videojuego y mi avatar tuviera que ir a algún lado para recargar su vida al perder una pelea, iría a una biblioteca. Este verano he devorado dos libros a la semana. En otoño me he comprometido a leer al menos un libro de no ficción de cada una de las diez clases principales del sistema decimal Dewey. Si sigo leyendo a un ritmo de un libro por semana habré terminado antes de Acción de Gracias. Con el tiempo me gustaría leer un libro de cada una de las diez divisiones de las clases principales y luego uno de las diez secciones de esas diez divisiones. Pero eso implica más de mil semanas leyendo, casi veinte años. Y esa es mucha responsabilidad para asumir con catorce años.

El primer día, durante la comida empecé con la sección que estaba más cerca de la puerta, que resultó ser la clase 400, sobre lenguaje. La bibliotecaria se quedó un poco sorprendida cuando saqué *Extranjerismos: Expresiones extranjeras comúnmente (y no tan comúnmente) usadas en inglés*.

—¿Es parte de tu programa de Lengua? —preguntó mirando mi carné de estudiante.

—No es para clase —respondí en tono amenazante. Aquel día eso fue lo máximo que le dije a nadie en inglés en el colegio.

Los dos días siguientes transcurrieron sin incidentes. Y como era de esperar, el miércoles por la mañana, cuando intenté levantar la mano en clase de Lengua para decir que leer una novela ambientada en la Gran Depresión era desconcertante en el actual clima económico del país, Sandy suspiró y dijo:

—Celia, eres tan... negativa.

Así que yo contesté:

—Bueno, ¿entonces por qué no me metes en un cuarto oscuro y ves lo que se revela? —que me pareció una réplica muy ingeniosa que hacía referencia a cámaras analógicas y negativos fotográficos.

Pero Sandy dijo:

—Eeey, Celia es lesbiana.

Así que el señor Pearson intervino:

—Chicas, dejad de discutir.

Y a la hora de comer la gente me estaba llamando «Celia, la lesbiana rarita».

Aun así, tenía la esperanza de que el instituto me permitiera integrarme en un grupo más grande de tímidos y bichos raros. Tenía que haber bastantes alumnos de otros centros de secundaria asociados y de cursos más altos que me hicieran pasar desapercibida. Cavé mi zanja y me preparé para sobrevivir a la guerra. Fue justo el tercer día de instituto, el miércoles después de comer, cuando todo cambió.

Al salir de la biblioteca hice una parada en mi taquilla antes de entrar en clase de Historia, me agaché sobre una rodilla y cambié la novela por un libro de texto. Su voz puso fin a tres días de silencio en el instituto. Me sorprendí tanto que tiré *Historia de Europa* justo encima de *The Norton Anthology*.

—¿Por qué en el cartel de tu taquilla pone «Celia la Dark»?

Sus deportivas azules y amarillas estaban a escasos centímetros de mí y los gruesos cordones dibujaban una mue-

ca triste sobre la lengüeta, como si fueran lombrices hinchadas después de la lluvia. Una de ellas estaba firmemente apoyada en el suelo del pasillo y la otra pisaba con indiferencia una taquilla. Sus vaqueros pitillo le apretaban las espinillas como si fueran esposas y una camiseta ajustada envolvía su torso desgarrado bajo una sudadera con capucha de algodón naranja que le quedaba demasiado grande. Aquel atuendo era una interesante mezcla de estrechez y holgura.

Estaba comiendo una especie de burrito envuelto en papel de aluminio, aunque no estaba permitido comer fuera del comedor. Y era guapísimo. Lo había visto por los pasillos y en clase de Biología y Geología. Se llamaba Drake Berlin y tenía un estilo que solo puedes lograr si has crecido en Nueva York o en un país extranjero. Yo sabía por la presentación de Biología y Geología del primer día de clase que Drake había venido, efectivamente, de Nueva York.

Nunca se había acercado a mi taquilla ningún tío guapo que molara. Estaba desconfiada y electrizada a partes iguales. Traté de que mi voz sonara despreocupada y ligeramente amenazante.

—Porque soy Dark —dije mientras recogía mi libro de historia.

Drake dijo algo que ninguno de mis compañeros de clase me había dicho en mucho tiempo. Me dijo:

—Qué guay. —Y luego añadió—: ¿Te gustan los cómics? —Y se metió en la boca lo que quedaba del burrito.

Ese día después de clase, Drake y yo fuimos al bosque por primera vez.

## Capítulo 4

La ciudad de Hershey, Pensilvania, fue construida en 1907 por Milton S. Hershey para alojar a los trabajadores de su fábrica de chocolate. El lema de Hershey, Pensilvania, es «El lugar más dulce de la tierra», pero debería ser «Una ciudad consagrada al azúcar refinado». A la mitad de los alumnos de mi colegio les han diagnosticado trastorno de déficit de atención y a todos ellos les inflan de chocolate de Hershey desde por la noche hasta la mañana.

La abuela de Drake vive en la misma urbanización que mi familia. Es una de esas comunidades planificadas que tienen cinco modelos de casas donde elegir, y la única gran decisión a la que se enfrenta el comprador de la vivienda es si escoger un garaje para un coche o para dos. Mi casa es el modelo número 3: el Cabo Cod. Mi padre solía conducir por el barrio señalando los otros Cabos Cod y nombrando a las familias que los eligieron.

—Mira, Steve Bishop también ha comprado un Cabo Cod —le decía a mi madre—, aunque solo tenga un piso, sigo pensando que han aprovechado al máximo los metros útiles.

Mi madre normalmente le respondía con algo como:

—¿Qué día es la reunión con el profesor de Celia?

Mis padres a menudo parecían dos personas que no estaban teniendo la misma conversación. Era como si cada uno estuviera hablando por el móvil con uno de esos ma-

nos libres invisibles, pero daba la casualidad de que se miraban mientras tanto.

La casa de la abuela de Drake no pertenecía a ninguno de los cinco modelos. Ocupaba la finca que había al entrar en la urbanización, al final de uno de nuestros callejones sin salida, como un manzano en un huerto lleno de melocotoneros. Es la única casa que da a un terreno sin edificar.

Mientras caminábamos por las aceras bien delineadas del colegio hasta nuestro barrio, Drake me explicó:

—Mis abuelos se mudaron a Hershey desde Nueva York porque querían retirarse a algún sitio tranquilo. Cuando construyeron su casa, esto estaba lleno de árboles —dijo, haciendo un gesto con la mano como si fuera una sierra mecánica que talara la fila de casas por la que pasábamos—. La inmobiliaria compró el terreno que hay alrededor de la casa y la abuela dice que los árboles cayeron como dominós y los edificios se levantaron como dientes de león, por eso ahora viven en medio de una urbanización con una sola zona donde crecen árboles. Las inmobiliarias la siguen llamando cada año para preguntarle si quiere venderlo.

De lo nerviosa que estaba, no paré de jugar con mi ropa desde que Drake y yo salimos del colegio. Me ponía y quitaba la capucha todo el rato; tiraba del cordón de mi sudadera, primero hasta abajo del todo con la mano derecha y luego hasta abajo del todo con la mano izquierda. Es como si estuviera intentando serrarle la cabeza por el cuello con una espada blanda de algodón. Me obligué a soltar el cordón de la sudadera y decirle algo al chico guapo y elocuente que caminaba a mi lado.

—¿Te gusta Hershey? —pregunté como un robot. ¡Bingo! Fui directa a lo más alto de la lista de preguntas aburridas. De hecho, me estremecí cuando las palabras salieron de mi boca.

—Las chokolatinas Krackel y las figuritas oscuras y especiales, sí —dijo Drake—. La ciudad, no tanto.

Cuando fui a casa de Drake merodeamos por el jardín delantero de su abuela y fuimos directos al bosquecillo que había detrás del cuidado patio trasero. Caminamos hasta que el follaje se volvió más denso, y después de andar un rato entre la maleza, encontramos un árbol caído y nos sentamos encima de él como si fuera un banco. Llevaba tiempo muerto, pero algunos árboles nuevos y más pequeños lo estaban usando como abono para crecer. Había leído sobre esto en un libro llamado *Noches en el bosque*. Allí el aire era fresco y húmedo y los sonidos normales del barrio (televisiones, coches pasando, perros ladrando) habían sido reemplazados por pájaros, ardillas y ramitas que se partían haciendo un ruido seco.

Yo llevaba unos *leggings* negros con unas botas negras. Me subí la capucha del todo para que me cubriera parte de la cara, me rodeé las piernas con los brazos y las abracé. Fingí que estaba helada de frío, pero en realidad me sentía vulnerable. Drake no tardó en hacer la pregunta que me temía.

—¿Quiénes son tus amigos en el colegio? —lo preguntó como quien no quiere la cosa, como si fuera una de esas preguntas que se hacen para conocer mejor a alguien.

—Eh... —dije, y de pronto mi voz sonó demasiado alta. Ni siquiera había pronunciado una palabra entera sobre el tema de la amistad y ya estaba metiendo la pata. Intenté emitir un sonido en un tono más bajo, pero mi voz desapareció del todo y mi garganta se quedó tan vacía como una mina de carbón abandonada.

—¿Por qué os fuisteis de Nueva York para venir aquí? —dije, como si la pregunta se me hubiera ocurrido de repente.

Drake se levantó y fue hacia un árbol de ramas bajas. Tras tantear una con la mitad de su peso, puso una de sus enormes zapatillas sobre la rama y se quedó erguido junto al tronco.